

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! sí: lo comprendo; que el verdadero bien del cristiano consiste en despreciar las riquezas, en vivir en la afliccion y en las lágrimas, en ser aborrecido y perseguido. Lo sé: á este desprecio, á estas pruebas Vos vinculais una recompensa abundante que no tendrá otros límites que vuestra magnificencia, cuyos tesoros son inexhaustos. Esté, pues, mi vida mezclada con la amargura pasajera de la penitencia y de las aflicciones, para evitar un dia la amargura eterna de vuestra divina venganza: si acaso Vos, ó Jesús mio, me hallais digno de caminar siguiéndoos como pobre; si la pobreza debe ser mi porcion, haced que yo me contente, que acaricie mi estado para que en mí y sobre mí reposen vuestras bendiciones; si Vos me colocais en un estado de prosperidad y de abundancia, haced que sea humilde, caritativo y mortificado, para que no caiga debajo de vuestros anatemas. Amen.

MEDITACION LXXXI.

CONTINUACION DEL SERMON EN LA LLANURA.

(Luc. vi, 27-38).

DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.

Jesucristo nos instruye aquí: 1.º sobre las reglas, y sobre la perfeccion de la caridad cristiana; 2.º sobre la insuficiencia de la caridad mundana; 3.º sobre los motivos de la caridad cristiana.

PUNTO I.

Reglas y perfeccion de la caridad cristiana.

Hablando Jesucristo á sus discípulos, les habia anunciado sus bendiciones y sus anatemas. Para ellos y para sus imitadores eran sus bendiciones, y sus anatemas al contrario para aquellos cuya vida seria opuesta á la suya. De aquí se volvió al puebló, y dijo: «Pero á vosotros que escuchais os digo...» Hacedme la gracia, ó divino Salvador, de ser del número de los que os escuchan, de comprender la belleza y la perfeccion de vuestra ley, y de meditar las reglas de conducta que Vos me quereis prescribir.

1.º *Primera regla: sobre los sentimientos internos...* Á la enemistad y al odio oponed sentimientos contrarios, esto es, el amor y los beneficios... «Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen...» Examinemos nuestro corazon sobre esta regla... En

vano querrémos persuadirnos que amamos á aquellos que miramos como nuestros enemigos, si presentándose la ocasion no les hacemos todos aquellos servicios que podemos... Y si al contrario les hacemos daño, nos oponemos á ellos, ó nos alegramos de sus desgracias, ¿creerémos por ventura entonces que los amamos, y que cumplimos la ley de la caridad?

2.º *Segunda regla: sobre las palabras...* Á las palabras injuriosas, á las maldiciones, á las murmuraciones y á las calumnias oponed las bendiciones, las alabanzas y las oraciones... «Benedicid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian...» Sobre esta regla examinemos nuestras palabras: ¿cuántos motes satíricos y críticos, cuántas palabras de befa y de queja se nos escapan cada dia contra aquellos que creemos que han hablado mal de nosotros? ¿cuántas respuestas ofensivas que nosotros reputamos como motes airosos, como pruebas de honor, de que nos gloriamos, por las que otros nos aplauden y por las que Jesucristo nos condena?

3.º *Tercera regla: sobre las acciones...* Á la violencia oponed una perfecta paciencia, al fraude una liberalidad generosa y benéfica: ó sea que la violencia venga ejercitada sobre vosotros, sobre vuestro honor, ó sobre vuestros bienes, mostrad una dulzura y una caridad invencible... «Y al que te hiere en una mejilla, preséntale tambien la otra... Y al que te quita la capa, no le prohibas tomar tambien la túnica¹...» Están sin duda permitidos los caminos de la justicia para obtener la reparacion del honor y la restitucion de los bienes; pero ciertamente no se debe jamás recurrir á ellos con menoscabo de la caridad, y hay algunas ocasiones en que la caridad veda todo recurso á la justicia... «Da á cualquiera que te pide, y no vuelvas á pedir lo que es tuyo á quien te lo quita...» Esto es: dad, prestad, haced el servicio á quien os lo pide; sea conocido ó desconocido, amigo ó enemigo; sin examinar tanto, si tiene ó no tiene necesidad. La caridad es verídica, generosa, liberal y benéfica; si alguno toma sin pedir, y se lleva lo vuestro, no se lo volvais á pedir. La ocasion de practicar esta regla, y en que no se puede pedir la restitucion de lo que es propio sin ofender la caridad, es mas frecuente de lo que se piensa; pero su cumplimiento es poco conocido, poco gustado y muy raro.

4.º *Finalmente, regla general de caridad...* «Y lo que vosotros quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos del mismo modo...» Como quereis ser tratados vosotros de los

¹ Vestidura interior sin mangas que usaban los antiguos.

hombres, tratadlos vosotros á ellos. Esta regla bien meditada, bien aplicada y bien observada decidirá todas las cuestiones, calmará todas las amarguras del corazón, impedirá todas las indiscreciones de la lengua, y desterrará todas las injusticias de las acciones. Poneos vosotros en el lugar de los otros, y á estos ponédlos en el vuestro: reflexionad que vosotros mismos os habeis hallado en la misma situación en que están los otros; estando los otros en la vuestra, ¿qué cosa pediríais de ellos? Hacedlo, pues, ahora.

PUNTO II.

Insuficiencia de la caridad mundana.

Lo 1.º *En el amor...* «Y si amais á los que os aman, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores aman á los que los aman á ellos...» Las gentes del mundo aman á aquellos que los aman; ¿no es acaso este el término de nuestra caridad? Nosotros nos alabamos de que tenemos un corazón bueno; que vamos con aquellos que nos dan señales de afecto, y de que somos fieles en nuestra amistad; pero en esto ¿qué sacrificio hacemos á Dios? ¿Qué mérito nos hacemos, y qué recompensa tenemos derecho de esperar? ninguna. También los pecadores y paganos, y los idólatras aman á aquellos que los aman.

Lo 2.º *En los beneficios...* «Y si hiciéreis bien á los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores aman á los que los aman á ellos...» Las gentes del mundo hacen bien á los que se lo hacen, y dicen bien de aquellos que lo dicen de ellos, y de los que tienen parte en sus intereses, y de los que son solamente de su partido. Si es tal solamente nuestra caridad, no es una caridad cristiana; no hacemos otra cosa que lo que hacen los pecadores. Nuestra pretendida caridad no es de algún mérito delante de Dios, y no recibirá recompensa alguna.

Lo 3.º *En los servicios...* «Y si dais prestado á aquellos de quienes esperais recibir, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores prestan á los pecadores para recibir otro tanto...» Las gentes del mundo dan y prestan, y hacen servicios á aquellos de quienes los reciben, de quienes los han recibido, ó esperan recibirlos. Nosotros no queremos absolutamente la tacha de ingratos, y tenemos razón: no perdemos la memoria de los servicios que se nos han hecho, y estamos siempre prontos á hacer otro tanto viniendo la ocasión; pero exigimos también que se haga otro tanto con nos-

otros: todo esto es justo. Pero si damos, ó prestamos, ó hacemos el servicio únicamente por miras tan interesadas, estamos muy lejos de la perfección de la caridad cristiana, y no debemos esperar la recompensa.

PUNTO III.

Motivos de la caridad cristiana.

1.º *La grandeza de la recompensa...* «Amad por tanto á vuestros enemigos, haced el bien, y prestad sin esperanza de provecho, y grande será vuestro premio...» Acordémonos que tenemos en el cielo un remunerador liberal y un tierno padre... Reflexionemos que renunciando finalmente y para siempre estos viles y temporales intereses que son el único móvil de la mayor parte de nuestras acciones, que dando, haciendo servicios, y prestando, sin querer sacar ni esperar provecho alguno, encontraremos nuestros intereses de una manera mas noble y mas ventajosa. Nuestro Salvador nos asegura por sí mismo que nuestra recompensa será grande en el cielo; y este interés ¿no será por ventura poderoso para movernos y para hacer alguna impresión sobre nuestro corazón?

2.º *La gloria de ser hijos de Dios imitándolo...* «Y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso...» Nosotros nos lamentamos de la ingratitud y de la malicia de los hombres; pero su malicia y su ingratitud ¿no es aun mucho mayor para con Dios? Vemos no obstante con qué bondad, con qué liberalidad, con qué indulgencia y misericordia trata él con ellos; ¿podemos nosotros acaso mirar como una bajeza ó como una debilidad el imitar á nuestro Dios, hacernos semejantes á él, y merecer ser contados en el número de sus hijos? ¿Y será por otra parte conveniente que nos lamentemos todo el día de la ingratitud y de la malicia de los hombres? ¿No somos nosotros por ventura estos ingratos, estos malos que colma él de sus beneficios y sobre quien derrama la abundancia de sus misericordias? Todo cuanto él pide de nosotros es, que demos pruebas de nuestra gratitud, mostrándonos misericordiosos y benéficos con los otros, como él lo es para con nosotros. Si rehusamos obedecer á una ley tan dulce, no somos ya sus hijos, sino monstruos de ingratitud, que no merecen otra cosa que el infierno.

3.º *La ventaja de ser tratados por Dios, como nosotros habremos tratado al prójimo...* Vosotros teméis con razón el juicio que al sa-

lir de este mundo se hará de vosotros en el tribunal de Jesucristo, juez soberano ; pero teneis un medio fácil para hacéroslo favorable... *No juzgueis*, dice el mismo Señor, *y no seréis juzgados*; esto es, desterrad de vuestro espíritu y de vuestro corazón todos aquellos juicios internos y secretos, aquellos juicios que pronunciáis tan temerariamente, y que vendéis por verdades demostradas; aquellos juicios que todos son perjudiciales al prójimo, ó ya caigan sobre ciertas personas particulares ó sobre cuerpos enteros. Estos juicios penetran las intenciones, las miras, los designios y cuanto hay de mas impenetrable en el hombre. Reformad todos estos juicios, ó por mejor decir, no juzgueis jamás, y nada tendréis que temer del juicio de Dios.

Vosotros temeis ser condenados en el tribunal de la soberana y divina Majestad... ¿Queréis, pues, evitar la condenacion que temeis? *No condeneis, y no seréis condenados*. Interpretad en buena parte lo que hace el prójimo : si no se puede hacer esto, olvidaos, disimulad, ignorad el mal que ha hecho, y no penseis en él, ni de él habléis jamás, y Dios jamás os condenará.

Vosotros temeis que vuestros pecados no se os perdonarán... ¡Dichoso aquel que pudiese estar seguro de que se le han perdonado! Pues este es el medio de estar cierto en cuanto es posible : *Perdonad* vosotros mismos, *y seréis perdonados*. No llameis jamás á vuestra memoria las faltas pasadas de vuestros hermanos, no discurreis sobre ellas, ni habléis de ellas con otros, y todo se os perdonará.

Vosotros todo lo esperais de Dios para el cuerpo y para el alma, para el tiempo y para la eternidad... ¿Queréis atraeros y apropiaros las bendiciones de Dios y la abundancia de sus dones? Y ¿quién habrá que no lo desee? Pues este es el medio de obtenerlo : «Dad, «y se os dará : medida buena, llena, movida y colmada darán en «vuestro seno. Porque con la misma medida con que habeis medido, se os medirá.»

Petición y coloquio.

Esta abundancia y plenitud de bienes, esta medida de felicidad que Vos dais sin medida, y que no es otra cosa que Vos mismo, ó Dios mio, Vos la concedéis á sola la caridad y al amor que tendré para con mis hermanos. Estoy, pues, resuelto : trataré á mi prójimo, amigo ó enemigo, como Vos me lo mandais, como me tratáis á mí mismo, con indulgencia y liberalidad... Mi amor para con aquellos que me son útiles no se restringirá á sentimientos naturales de

reconocimiento, á un comercio interesado de conveniencias recíprocas en que no tienen alguna parte las miras cristianas, y que no nos distinguen de los infieles ; amaré á mis hermanos, amaré á mis enemigos, porque Vos los amais, ó Dios mio, y como Vos los amais. Vos usais con ellos misericordia, como conmigo : Vos, como á mí, los buscáis, y los prevenís con vuestra gracia. ¿Seré yo, pues, mas delicado que Vos, ó encontraré baja en imitaros? No, Señor : esta divina caridad, que nos hace semejantes á Vos, que nos hace vuestros siervos, ó por mejor decir, vuestros hijos, y de que Vos nos habeis dado las primeras lecciones y los primeros ejemplos, será el único estudio de mi corazón sobre la tierra, y su recompensa en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXXII.

FIN DEL SERMON DE JESUCRISTO EN LA LLANURA.

(Luc. vi, 39-49).

SEIS COMPARACIONES Ó SEMEJANZAS.

PUNTO I.

De las dos primeras semejanzas.

1.º *Primera semejanza...* Del ciego que conduce otro ciego... Jesús acabó su instruccion al pueblo por via de semejanzas ó comparaciones. «Y les decia tambien una semejanza : ¿acaso puede un «ciego guiar un ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?...»

Esta es una advertencia para aquellos que guian á otros. Pastores, y sobre todo doctores y directores, si aquellos que habeis de guiar son ciegos, guardaos de serlo tambien vosotros. Si vosotros no conoceis los caminos del Señor, las máximas del Evangelio, las reglas de la fe, vosotros os perderéis con los que guiais... Este es tambien un aviso para aquellos que deben ser guiados. Deben estos guardarse, y no dejarse guiar de ciegos. Procuren primero rogar al Señor para que les dé una guia fiel. En la eleccion que hacen, no juzgen por ciertos talentos que lisonjearian su vanidad, y no les serian muy á propósito para edificarlos : despues asegúrense que él traiga sus luces de fuentes limpias : reflexionen con un corazón recto la manera con que los guia : observen si es exacto, iluminado, si sabe conciliar la debilidad del pecador con los deberes del penitente. Finalmente no se abandonen totalmente á él de suer-

te, que lleguen hasta cegarse sobre lo que le toca : de otra manera se expondrán á caer con él en el infierno.

2.º *Segunda semejanza...* Del maestro y del discípulo... «No es el «discípulo mas que el maestro ; pero será perfecto todo aquel que «fuere como su maestro...» Primeramente estas palabras nos representan la desgracia de aquellos que son enseñados y conducidos por guias ciegas y corrompidas ; y ellas son una continuacion de la primera semejanza. Si los maestros son malos, no se ha de esperar que formen buenos discípulos... Padres y madres, parientes y amigos, señores y señoras, y vosotros, cualquiera que seais, que sin luz ó sin costumbres guiais á los otros, los instruis, los aconsejais, cuando vuestros discípulos, vuestros hijos, vuestros amigos, y vuestros instruidos serán como vosotros, se creerán perfectos y muy iluminados, mientras que á cada paso se extraviarán, tropezarán y darán vergonzosas caídas... Estas palabras nos representan tambien la ventaja de aquellos que han tomado á Jesucristo por maestro, que van conducidos segun las máximas del Evangelio y segun las reglas de la fe. Nosotros tenemos la dicha de ser de este número. Acordémonos, pues, de esta máxima de este nuestro divino Maestro : «No hay discípulo que sea mas que su maestro.» Acordémonos de esto cuando se trata de ser humillados, de ser despreciados, de sufrir las injurias, las calamidades, las calumnias, los tormentos y la muerte. Jesucristo ha sufrido todo esto, y en la semejanza que con él tendremos consiste nuestra perfeccion.

PUNTO II.

De las dos semejanzas siguientes.

1.º *Tercera semejanza...* De la viga y de la paja en el ojo... «¿Por «qué miras la pajuela en el ojo de tu hermano, y no adviertes la «viga que tienes en tu ojo? Ó ¿cómo puedes decir á tu hermano, «deja, hermano, que te saque del ojo la pajilla, no viendo tú la «viga que hay en tu ojo? Hipócrita, sácale primero la viga de tu «ojo, y entonces mirarás cómo has de sacar la pajilla del ojo de tu «hermano...»

Un hereje echa de ver en la Iglesia católica defectos y abusos, y no ve el delito de su separacion ; no ve en su secta la impiedad y la blasfemia erigidas en dogmas que él cree como otros tantos artículos de fe. Un lego advierte en un eclesiástico y en un religioso interés y disipacion, y no ve en sí la injusticia, el libertinaje, la im-

piedad y la irreligion. Un mundano advierte en las personas devotas sensibilidad y caprichos ; pero no ve en sí la cólera, la venganza y el escándalo. ¿Cuántos defectos observamos y vemos en los otros, mientras que nosotros mismos los tenemos mucho mayores? Celo farisáico, tan comun como despreciable, que nos hace iluminados para con los otros ; mientras no sabemos reflexionar sobre nosotros mismos, y atendemos bien á todo lo que no sea reformar nuestra conducta. ¡Oh, qué hipócritas que somos ! ¡Ah! entremos en nosotros mismos ; hagamos útil nuestro pretendido celo, empleándolo primero sobre nosotros. Comencemos por el corregirnos antes de meternos á corregir los otros ; comencemos por quitar la viga de nuestro ojo, antes de querer quitar la paja del de nuestro hermano.

2.º *Cuarta semejanza...* Del árbol bueno y del malo... «Porque «no es árbol bueno el que hace malos frutos ; ni mal árbol el que «hace frutos buenos. Porque todo árbol se conoce por su fruto : ya «que ni se cogen higos de los espinos, ni se vendimian uvas de una «zarza...»

Aprendamos de esta máxima á justificar al prójimo y á condenarnos á nosotros mismos : á notar en los otros solo las cosas de edificacion ; á no ver por lo menos cosas que nos escandalicen, y á ver siempre en nosotros cosas que nos sirvan de mortificacion y de afliccion. No creamos el mal que se nos dice de nuestros hermanos cuando vemos que estos producen frutos de dulzura simbolizados en los higos ; esto es, frutos de paciencia, de modestia, de sumision y edificacion ; y por otro lado frutos de fuerza, indicados en las uvas, esto es, frutos de celo, de firmeza y de constancia... Examinémonos, pues, á nosotros mismos ¿qué árboles somos en el jardín del Señor? ¿Qué frutos producimos? ¡Ay de mí ! no somos por ventura otra cosa que árboles estériles, que no producen fruto alguno : somos acaso como el espino y la zarza, que no se pueden tocar sin lastimarse y herirse. Nuestro humor áspero, nuestra manera rígida, nuestro aire altanero, nuestras palabras ofensivas, ¿no son ellas por ventura espinos? Nuestras críticas, nuestras sátiras, nuestras quejas y nuestras maledicencias ; nuestros discursos libres contra la modestia y contra la Religion, y otros muchos defectos que podemos reconocer en nosotros, ¿no deben por ventura hacernos temer que somos en el campo del Señor una zarza que se verá obligado á arrancar y á echarla en el fuego?

PUNTO III.

De las dos últimas semejanzas.

1.º *Quinta semejanza...* Del tesoro bueno y malo escondido en el corazon... «El hombre bueno del tesoro bueno de su corazon saca bien: y el hombre malo del mal tesoro saca mal; porque de la abundancia del corazon habla la boca...» Todos los hombres llevan en su corazon un tesoro; esto es, un fondo en que se deleitan con ardor, que aumentan todos los dias, y esconden con atencion.

Observemos lo 1.º *La naturaleza de este tesoro...* En los buenos es un tesoro precioso de virtud, de amor de Dios, de religion, de piedad, de caridad, de buenas obras, de intenciones puras y de piadosos deseos: en los malos un tesoro abominable de vicios y corrupcion, de mentira y de injusticia, de amor desordenado de las criaturas y de sí mismos. Examinemos bien nuestro corazon, y veamos cuál es el tesoro que llevamos dentro de nosotros.

Consideremos lo 2.º *Cuál será la manifestacion de este tesoro...* Cada uno aquí en la tierra tiene el tesoro de su corazon escondido. La humildad lo esconde en los buenos, y la hipocresía en los malos. Pero en el grande dia la hipocresía será desenmascarada, y no tendrá ya lugar la humildad. ¡Oh, y cuán glorioso será este dia para los buenos, y cuán terrible para los malos! Al tesoro de los buenos corresponderá de parte de Dios un tesoro de gloria y de eterna felicidad: al tesoro de los malos corresponderá un tesoro de cólera y de eternos suplicios... Renunciemos, pues, al tesoro de la iniquidad, y procuremos adquirir el de la virtud.

Lo 3.º *Examinemos qué cosa se sacará de este tesoro...* De un tesoro se sacará lo que se ha echado: las obras son las que salen del corazon. Nosotros obramos segun las impresiones que se hacen en nosotros. Veamos, pues, de qué naturaleza son nuestras obras buenas ó malas, y conocerémos de qué naturaleza es el tesoro de nuestro corazon; si es bueno ó si es malo. Juzguemos sobre todo de nuestras palabras; porque *la boca habla de la abundancia del corazon*. Ahora, pues, ¿cuáles son por la mayor parte nuestros discursos con los otros? ¿En qué ocupamos nuestros pensamientos? Si Dios, si Jesucristo, si los misterios de la fe y de la esperanza del cristiano son los que suministran la materia, nuestro tesoro es bueno; pero será malo si el objeto de nuestros discursos son los defectos de otros; si moralizamos solo por tener lugar de criticar; si nuestras palabras ofenden la modestia ó la Religion; y es asimismo cierto que será por

lo menos vano é inútil, si nuestros discursos se agitan solo sobre bagatelas, sobre entretenimientos frívolos, y sobre objetos de disipacion.

Lo 4.º *Consideremos cuál debe ser el aumento de este tesoro...* Quanto mas se saca de un tesoro, tanto mas se disminuye: al contrario sucede en el tesoro del corazon: quanto mas nos entretenemos en divertimientos vanos y frívolos, mas pecados se cometen; quanto mas amamos el pecado, tanto mas queremos cometerlo: y por el contrario, tantas mas obras buenas se hacen, quanto mas queremos hacerlas. ¡Ay de mí! cuánto tiempo perdemos en llenar inútilmente el tesoro de nuestro corazon de cosas despreciables, mientras que pudiéramos llenarlo de cosas preciosas, y de riquezas inmortales que nos coronarian de gloria, y nos procurarian una felicidad perfecta y eterna!

2.º *Sexta semejanza...* De la casa fabricada sobre un sólido fundamento, ó sin fundamento... «¿Por qué, pues, me llamis Señor, Señor, y no haceis lo que yo os digo?... Todo aquel que viene á mí, «y escucha mis palabras, y las pone en ejecucion, os explicaré á «quién se asemeje; es semejante á un hombre que fabricó una casa, el cual cavó profundamente, y puso el cimiento sobre la piedra: y viniendo la avenida, la inundacion hizo su impulso en la «casa, y no la pudo mover, porque estaba fabricada sobre la piedra. Pero aquel que escucha y no hace, es semejante á un hombre que fabricó una casa sobre tierra sin cimiento, en la cual hizo «fuerza la avenida, y ella vino luego abajo; y fue grande la ruina «de aquella casa...»

En vano invocamos al Señor, si no practicamos su doctrina; en vano nos decimos cristianos, si no vivimos de cristianos. Quien creyendo en Jesucristo practica su ley es semejante al que fabrica sobre piedra. Las tentaciones, las persecuciones, la muerte misma; nada puede destruir el edificio: subsiste por toda la eternidad. Al contrario, quien creyendo en Jesucristo no practica su ley, es semejante al que fabrica sobre la tierra y sin cimientos. Este edificio que tenia solo la apariencia sin solidez, luego se arruina, y sirve solo de manifestar la vanidad de quien lo habia levantado. ¿Convenia gastar tanto para construir un edificio tan expuesto á la ruina? ¡Ay de mí! ¿no soy yo por ventura este insensato?

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, lo entiendo: el edificio de mi salud debe ser un edi-

ficio eterno; lo estableceré, pues, sobre la piedra; esto es, sobre la práctica de las virtudes cristianas. No contento de escucharos, ó divino Jesús, de admirar vuestra doctrina, y de consentir con el espíritu á las verdades que ella enseña, mi corazón y mis obras serán conformes á mi fe para poderme presentar con confianza á aquel terrible juicio en que callarán las bocas, y hablarán solo las acciones. Amen.

MEDITACION LXXXIII.

VUELVE Á ENTRAR JESUCRISTO EN CAFARNAUM, Y RESPONDE Á LAS BLASFEMIAS DE LOS ESCRIBAS.

(Luc. vii, 1; Marc. iii, 20-30).

Jesucristo nos ofrece aquí el modelo mas perfecto de la paciencia, de la firmeza, y de la severidad del verdadero celo.

PUNTO I.

Lo 1.º *La paciencia del celo de Jesucristo contra la indiscrecion del pueblo...* «Y cuando acabó de decir todas sus palabras al pueblo que «lo escuchaba, entró en Cafarnaum... y vinieron á la casa, y se juntaron de nuevo las turbas; de modo que no podian ni aun tomar «el alimento...»

Habia Jesucristo pasado la noche en oracion; por la mañana habia hecho la eleccion de sus Apóstoles; despues se habia ocupado en curar los enfermos, y en echar los demonios, y en instruir al pueblo. Acabada la instruccion tenia necesidad de reposo y de alimento. Despidió las turbas, y con sus doce Apóstoles se volvió á entrar en Cafarnaum. Apenas habia entrado en la casa se vió cercada de un nuevo concurso del pueblo; y en cada momento se multiplicaba la gente. Quiso tambien Jesús en esta ocasion condescender con sus deseos, de manera que ni él ni sus Apóstoles pudieron comer. De este modo las ocupaciones del celo de Jesucristo le quitaban muchas veces el tiempo de tomar el alimento y el sueño; y solo le quedaba intacto y libre el tiempo de la oracion... Un pastor obligado á dar su misma vida por su rebaño, ¿podrá negarle el derecho sobre todo su tiempo? ¿Cómo podrá él preferir á las necesidades que miran al alma, á la conciencia y á la salvacion del prójimo, las necesidades personales que miran solo al cuerpo, á la salud y á la vida presente?

Lo 2.º *La paciencia del celo de Jesucristo contra los falsos juicios*

de los hombres... «Y habiéndolo oido los suyos, fueron para recogerlo; porque decian: se ha puesto furioso...» Los parientes de Jesucristo, por la mayor parte, parece que se interesaban poco por él: no se veia que lo siguiesen ni acompañasen; y es probable que no fuesen testigos de los milagros que obraba. Si estaban informados de algunas cosas, las habian oido, y las sabian por varios y confusos discursos, y sobre este conocimiento superficial no tenian dificultad de decir que se habia vuelto loco; que la devocion y el fanatismo le habian perturbado el espíritu, y que tanto él como los que le seguian vivian en un engaño. Ellos, pues, como gente de reputacion y de bien, creyeron que tenian obligacion de impedir este escándalo. Y, ó sea que ellos mismos hubiesen tenido estos pensamientos, ó sea que se los hubiesen sugerido los fariseos, vinieron á Cafarnaum, no para oír ni para examinar, sino para asegurarse de la persona de Jesucristo, como de un insensato que deshonoraba toda su familia, y que podia acarrearles el odio y la persecucion que en Jerusalem se tramaba por sus enemigos los mas poderosos, por la libertad de sus discursos y de sus amonestaciones... No se sabe lo que intentaron, ni qué cosa les impidió la ejecucion de tan extravagante designio; pero lo cierto es que no lo ejecutaron... Tambien nosotros oimos algunas veces en el mundo que los parientes de algunas personas que se consagran á Dios, ó que abrazan una vida religiosa, tienen los mismos pensamientos y el mismo lenguaje, y que por el mismo motivo se empeñan en disuadirles sus piadosas intenciones... Se ven del mismo modo en el Cristianismo cristianos de solo nombre, que teniendo un mero y superficial conocimiento de la Religion, todo lo atribuyen á error, al fanatismo, á la ilusion: personas que saben solo porque lo oyen decir; que dan su juicio porque oyen que tal lo dan los impíos con quienes comunican; y personas tan ciegas y tan insensatas que se creen sábias, iluminadas, y en estado de dirigir á otros.

Lo 3.º *La paciencia del celo de Jesucristo contra las calumnias de los malos...* «Y los escribas que habian venido de Jerusalem decian, él tiene á Belcebú, y echa los demonios en virtud del príncipe de los demonios...» Los escribas estaban mas instruidos que los parientes de Jesucristo, é iban con una ansiosa curiosidad por todas las partes por donde andaba Jesucristo... Habia escribas que venian de Jerusalem por oírle hablar y verle obrar; pero su partido estaba ya tomado... no venian ellos por instruirse, por edificarse ó verificar los hechos; venian sí únicamente por censurar, criticar,

meter en ridículo á Jesucristo, y desacreditarlo... Ved, ó Salvador mio, cómo se miran vuestras penas: os cargan de las mas atroces calumnias; os hacen las mas indignas afrentas: estudian la manera de impedir vuestro santo ejercicio, y de teneros encerrado como á un insensato, ó como á un mago, en el tiempo mismo que Vos os empleais y os fatigais por nuestra salvacion y por la de vuestros mismos enemigos... Aprendan, ó Jesús, vuestros ministros á ejercitar vuestras obras á pesar de las penas y las contradicciones que puedan encontrar.

PUNTO II.

Firmeza del verdadero celo.

Lo 1.º *Firmeza del celo de Jesucristo para preservar los pueblos de la seduccion...* «Y llamándolos les decia en parábolas: ¿cómo puede Satanás echar á Satanás? Y si un reino está dividido contra sí mismo, no puede aquel reino conservarse: y si una casa estuviese dividida contra sí misma, ño puede aquella casa subsistir. Y si Satanás se levantara contra sí mismo, dividido está, y no podrá subsistir, antes será para acabar...»

No se habia lamentado Jesucristo de la indiscrecion del pueblo, ni de la calumnia atroz de sus parientes; pero no pudo sufrir los discursos de los escribas, porque se dirigian á engañar los pueblos, y apartarlos de la fe... Aprendamos á ser pacientes y mudos en las injurias que nos son personales; pero no suframos que se tengan en nuestra presencia discursos escandalosos, propios para engañar á quien los oye. En estas ocasiones nuestro silencio contribuiria á la seduccion, y nos haríamos culpables.

Lo 2.º *Firmeza del celo de Jesucristo para confundir á los seductores...* El discurso del Señor era sencillo, adaptado á la capacidad del pueblo, y de una fuerza invencible... Jesucristo lo empleó tambien en otras ocasiones, sin haber podido jamás los escribas darle una respuesta... Si en algun tiempo nosotros nos viésemos obligados á asistir á algunas juntas en que fuese atacada la Religion, es obligacion nuestra estar instruidos de las respuestas que se deben dar á los impíos y á los novatores para contener su temeridad y confundirlos, si no los podemos convertir. Estos solo son atrevidos cuando ninguno les contradice. El estrépito de sus palabras y la propia satisfaccion con que dogmatizan hace parecer fuertes sus ataques; pero solo una palabra los desconcierta, les hace callar, y muchas veces les hace tambien huir.

Lo 3.º *Firmeza del celo de Jesucristo en establecer la verdad...* «Ninguno puede entrar en la casa del fuerte, y robarle los muebles, si primero no ata al fuerte, y entonces dará el saqueo á la casa...» Jesús declara aqui lo que ha hecho por nosotros contra el enemigo de nuestra salvacion: lo ha atado, y le ha quitado el poder de hacernos mal, y así no puede ejercitar su imperio sobre nosotros sino por culpa nuestra... El demonio está ahora como un leon encadenado, que puede meter miedo con sus rugidos, pero que solo puede herir á aquellos que tienen la temeridad de acercársele. Nuestro Señor, despues de haber encadenado al demonio, saqueó su casa, quitando los cuerpos y las almas que poseia, echando á tierra los altares que se le habian levantado, arruinando su culto, y destruyendo la idolatría... Démosle gracias por tan grande beneficio: estemos siempre unidos á él: velemos y alejémonos lo mas que podamos de un enemigo furioso que no ha perdido aun el deseo ni la esperanza de perdersenos.

PUNTO III.

Severidad del verdadero celo.

Lo 1.º *La severidad del verdadero celo no desespera un punto al pecador...* «En verdad os digo, que les serán perdonados á los hijos de los hombres todos los pecados y las blasfemias que hayan proferido...»

Tened buen ánimo, pecadores, seais quien fuésteis... Jesucristo mismo es el que os asegura que todos vuestros pecados, por grandes que sean, os serán perdonados, siempre que vosotros recurrais á sus méritos y á los medios que os ha dejado para alcanzar vuestro perdon. Es el mismo Jesús el que os da esta seguridad en el mismo tiempo que está ultrajado, y para fulminar contra los pecadores endurecidos la mas formidable sentencia que jamás salió de su boca. Daos priesa, pues, á recurrir á su misericordia, y no forméis de su bondad un pretexto para la impenitencia, que os conduciria como á otros muchos á una eterna reprobacion... Almas timoratas, á quienes la memoria de vuestras culpas pasadas pone algunas veces en cierta perplejidad y en la pusilanimidad, aseguraos sobre la palabra de vuestro Salvador, y tened confianza en él.

Lo 2.º *La severidad del verdadero celo no lisonjea al pecador...* «Pero el que habrá blasfemado contra el Espíritu Santo, no tendrá perdon en toda la eternidad, sino que será reo de delito eterno...»

La blasfemia contra el Espíritu Santo, propiamente dicha y con-

sumada, es la impenitencia final, la muerte en el pecado mortal, ó sea que una persona haya rehusado convertirse en la hora de la muerte, ó sea que una muerte imprevista no le haya dado tiempo para arrepentirse. La blasfemia contra el Espíritu Santo, comenzada y seguida las mas veces de la impenitencia final, es el pecado de los escribas, que atribuian al poder del demonio los milagros que Jesucristo obraba por virtud del Espíritu Santo: es tambien el pecado de los impíos y de los deistas que se esfuerzan á destruir el Cristianismo: es tambien el pecado de los herejes, que no queriendo reconocer las operaciones del Espíritu Santo en la perpetuidad de la Iglesia católica, la han creído sujeta al error, y no cesan de hacerle resistencia; y finalmente, es el crimen de cualquiera que vive en estado de pecado mortal, con riesgo de ser en cada instante sorprendido, y de morir en él... ¡Ah! ¡miserables pecadores que somos! No queramos ser enemigos de nosotros mismos. Hagamos, sí, hagamos reflexion muchas veces sobre esta grande palabra: *eternidad, pecado mortal*. Pensemos bien que estas palabras son de Jesucristo, que pronunciándolas nos ha revelado las profundidades impenetrables de su divina justicia, y ha querido excitarnos á una pronta y saludable penitencia.

Lo 3.º *La severidad del verdadero celo no infama al pecador... Jesucristo les hablaba en estos términos: «Porque decian: tiene el es-
«píritu inmundo...»*

Jesucristo hablaba así para rebatir la blasfemia de los escribas, é impedir la seducción, y lo hace sin nombrarlos, y sin enderezar á ellos las palabras, queriendo antes ganarlos que confundirlos... Su obstinacion, la obligacion de prevenir mayores escándalos y la necesidad de instruir las generaciones venideras; fue lo que lo empeñó despues á quitar la máscara á estos hipócritas, aunque jamás los nombró, sino con el nombre general de escribas y fariseos. Mas esto no quitaba que entre ellos pudiese haber, como de hecho habia, algunos que buscasen sinceramente el reino de Dios, y estuviesen unidos á Jesucristo. Adoremos esta bondad del Salvador, y hagámoslo nuestro modelo en todas nuestras acciones. Nuestra grande severidad esté siempre, á ejemplo de Jesucristo, templada con la dulzura.

Petición y coloquio.

Sí, ó Señor mio, la dulzura y la moderacion estarán siempre en mi corazón; las tendré siempre delante, tanto para despreciar la ca-

lumnia, como para rebatirla: me opondré siempre á la impiedad; pero perdonaré, y aun procuraré si puedo ganar al impío. Concedme, Dios mio, este precioso efecto de vuestra misericordia, que perdona hasta las blasfemias con que os ultrajan: haced que yo no caiga en las manos de vuestra justicia cuando ella ya no perdona: haced que no abuse con mis dilaciones de vuestra indulgencia, que todo lo perdona al pecador verdaderamente contrito: inspiradme los sentimientos de la verdadera penitencia: encadenad al demonio, aquel vencedor de mi alma, quitadle mi corazón en que ha establecido su habitacion, quitadle las pasiones, los malvados deseos que en él ha suscitado, y que aun ahora mantiene, para que triunfando aquí en la tierra, con la gracia, de mis enemigos y de los vuestros, pueda participar del triunfo de vuestra gloria en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXXXIV.

OTRA SANIDAD DEL CRIADO DE UN CENTURION.

(Luc. vii, 2-10).

Consideremos aquí: 1.º la eficacia de la intercesion para con Jesucristo; 2.º qué progresos conviene hacer en la virtud para agradar á Jesucristo; 3.º cuál es la bondad de este Dios Salvador para con nosotros.

PUNTO I.

De la intercesion para con Jesucristo.

Lo 1.º *Es necesario hacer uso de ella con discrecion...* «Y el criado de cierto centurion, amado de él, estaba enfermo y cercano á la muerte... Y habiendo oído hablar de Jesús, envió á él ancianos de los judíos, rogándole que viniese á sanar á su criado...»

El centurion escogió las personas mas distinguidas de la ciudad para que intercediesen á su favor con Jesucristo, y empeñarlo á ir á su casa para sanar su criado enfermo... Encomendémonos tambien nosotros á las oraciones de las almas justas que hay sobre la tierra: invoquemos los Santos que están en el cielo: todos estos son amigos de Jesucristo, y grande su poder. Recurramos á María santísima: no ignoramos la preeminencia de su esfera y su poder para con su divino Hijo. Entre los Santos reconocidos por la Iglesia tenemos nuestros patronos, aquellos cuyo nombre llevamos, y aquellos que fueron sobre la tierra de nuestra misma condicion y estado. Tenemos los patronos de los lugares donde hemos sido bautizados, y en que vivimos. Entre los santos Ángeles tenemos nuestro Ángel